



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



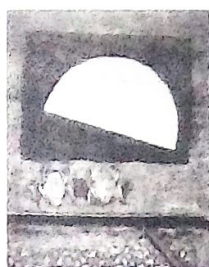
Oswaldo Encalada • El Duende • Tambor Vargas • Érika Rivera • Armando Ortiz
Humberto López • Elías Canetti • Vicente González • Denise Despeyroux
Manuel María Pinto • Jorge Órdenes • Gustavo Ángelo

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXII n° 553 Oruro, domingo 3 de agosto de 2014





Luna verde, óleo sobre tela 50x60 cm
Erasmo Zarzuela

Aspiración

- La razón aspira a ser siempre la piedra en el zapato de toda religión
- La máxima aspiración de un descamisado es meterse en una camisa de once varas.
- Mi máxima aspiración es quitarle el sostén al lenguaje.
- Mi aspiración es sacudir el árbol del lenguaje para que caigan las gotas de palabras como lluvia.
- Yuri Gagarín quiso seguir el ejemplo de Demóstenes; pero no pudo, y por eso se hizo astronauta

Oswaldo Encalada en: *Diccionario de la vista gorda.*



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telef. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Erasmo Zarzuela: Maestro de las Artes



Lic. Roberto Aguilar, Ministro de Educación junto al pintor Erasmo Zarzuela

En el marco del "2º Encuentro Pedagógico de Fortalecimiento de la Formación Artística - Educación a través de las Artes - 2014", en julio pasado, el Ministerio de Educación mediante Decreto Supremo N° 029894 de 7 de febrero de 2009 y Resolución Ministerial N° 127/2014, de 24 de febrero de 2014, confirió al pintor orureño y miembro del Consejo Editor de "El Duende" Erasmo Zarzuela Chambi el "Título 'Maestro de las Artes'" en la disciplina de "Artes Plásticas", en mérito a su consagración a la obra artística, su aporte a la educación boliviana, a la construcción de la memoria, identidad y cultura del Estado Plurinacional de Bolivia.

En esta disciplina también fueron galardonados Alberto Medina, Max Aruquipa, Enrique Arnal, Gil Imana, Alfredo La Placa, Roberto Millán, Ligia Siles, Lorgio Vaca y David Villegas.

Erasmo Zarzuela (Oruro, 1944), cultivado en talleres libres y aulas académicas; dueño de una técnica auténticamente propia, ha logrado un nivel cimero en la historia contemporánea de la plástica boliviana. Pincela su arte sin adscribirse a una escuela o corriente. Sus indagaciones le procuran renovadas expresiones plásticas; cultiva con solvencia el grabado, la serigrafía, la acuarela, el óleo. Sus ilustraciones para libros, periódicos y revistas realizadas con profusión, le han gratificado con reconocimientos.

La producción de Erasmo Zarzuela divulgada en exposiciones individuales y colectivas, en museos nacionales y extranjeros, así como en colecciones privadas, tanto como la inapreciable cantidad de premios y distinciones en más de cuarenta años de exploración cromática, le consagran como al artista forjador de su credo estético.



De izq. a der. los artistas plásticos Alberto Medina, Gil Imana, Enrique Arnal, Alfredo La Placa y Erasmo Zarzuela

Desde mi rincón

¿Lefebvrismo u otras hierbas? (2)

TAMBOR VARGAS

Primera de dos partes

El tema del 'lefebvrismo' o movimiento que en su momento encabezó el arzobispo Marcel Lefebvre (1905-1991), ya ha sido objeto de algún comentario en esta misma columna; pero sigue mereciendo atención, pues, no es tanto el acierto o desacierto discutido del movimiento, sino la realidad misma lo que invita a hacerlo. Y para todos debería estar claro que las realidades son incomparablemente más difíciles de combatir que los 'ismos'.

Invito a cualquiera a que se ponga a leer el libro de monseñor Lefebvre *Carta abierta a los católicos perplejos*: aunque traducido al español existen por lo menos dos ediciones en papel (2ª edición, Buenos Aires, Emecé, 1987), para muchos resultará más cómodo, rápido y barato encontrarlo, por ejemplo, en el sitio; o también en:

Y una vez leído haga un pequeño ejercicio de confrontación entre lo que dice el arzobispo con lo que uno conoce de la realidad que está al alcance de la mano.

En lo que me concierne, encuentro que mi propio repertorio de 'realidades' coincide básicamente con el que expone el prelado excomulgado. Y en este sentido la honestidad exige concluir que monseñor Lefebvre no tiene, por tanto, nada de exagerado, sesgado, hinchado, deformado... Fue más bien la voz incómoda que ponía el dedo en la llaga.

Si es así, entonces uno se pregunta por la razón profunda (incluso inconsciente) de las múltiples condenas que han caído sobre el arzobispo francés. Para empezar, uno tendría que excluir la existencia de una interpretación falseada de la realidad. Y dando paso a una especie de psicoanálisis colectivo, habría que plantearse la hipótesis de que las condenas han sido el recurso encaminado a evitar la consideración de unas verdades incómodas: las que Lefebvre pone a la vista y condena, esperando una condena oficial de la Iglesia..., que nunca ha llegado hasta hoy.

De una manera general, todos estamos sometidos a la tentación de resistirnos a la luz de la verdad, prefiriendo los engaños a la admisión de verdades desagradables. Estas pueden

ser tales por innumerables causas; y muchas de ellas estrictamente personales. Por ejemplo porque, de admitirlas, quedaríamos moralmente obligados a reconocer otro tipo de realidades, de las que un día de nuestras vidas decidimos prescindir, ignorar o, simplemente, rechazar. Otras veces las rechazamos porque, de admitirlas, nos obligarían a reformar aspectos importantes de nuestras propias vidas; o puntos de nuestras convicciones intelectuales. El alma humana tiene miles de herramientas para 'librarse' de varios tipos de verdades incómodas, desagradables, comprometedoras; e incompatibles con otras posiciones y convicciones profundas: si no queremos apartarnos de estas tampoco podremos acoger aquellas, pues no pueden convivir juntas.

Hasta aquí me he quedado en un plano teórico; y por ello, aplicable a muy diversos aspectos de la realidad. Volvamos a monseñor Lefebvre. Su nombre ha quedado definitivamente ligado a una serie de objeciones doctrinales y pastorales a algunas doctrinas del Concilio Vaticano II. Unos, los que aceptan por obediencia católica las enseñanzas conciliares, no pueden dar entrada a las objeciones lefebvristas. Otros, en cambio, se encuentran ante la difícil disyuntiva de tener que escoger entre una obediencia ciega a las doctrinas (y a las prácticas derivadas de aquellas) del Concilio o anteponerle un juicio de las doctrinas y prácticas presuntamente originadas en aquellas doctrinas y prácticas, y que implicarían una ruptura con la

doctrina y práctica consagradas en la Iglesia anterior al Concilio.

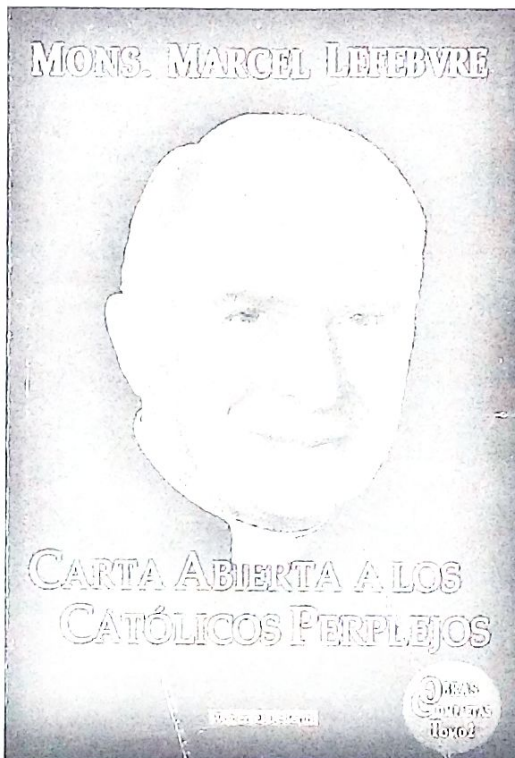
En el fondo, se trata de la misma difícil disyuntiva en que se encontró el propio monseñor Lefebvre: en nombre de la fidelidad a la tradición católica, tener que rechazar doctrinas emanadas de los representantes más inequívocos de aquella tradición, como son un concilio ecuménico, presidido por el Romano Pontífice, quien ha aprobado, firmado y promulgado los mismos decretos, declaraciones y documentos en cuyo contenido se encuentran las doctrinas inaceptables por el obispo rebelde.

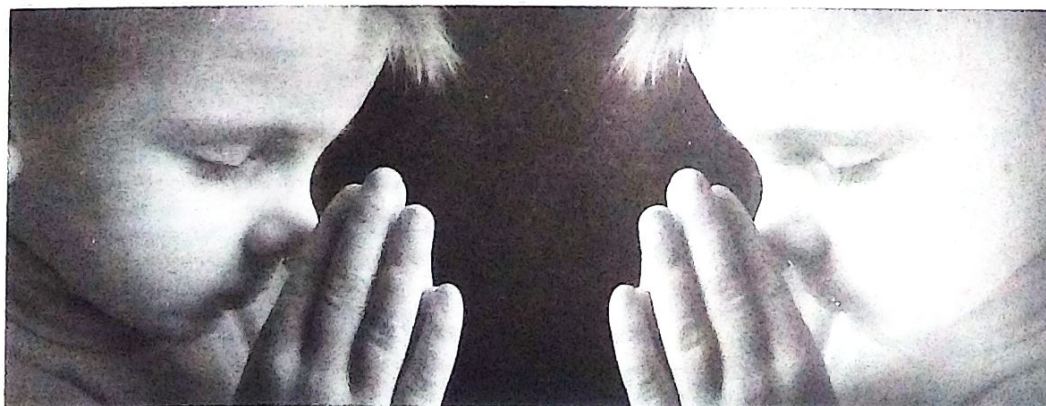
Todavía hay algo que viene a complicar más la situación: si hay unos que, por fidelidad a la enseñanza tradicional católica, niegan su obediencia a ciertas enseñanzas de la Iglesia, también hay otros que, bajo la apariencia de acatamiento a las 'nuevas' doctrinas del Vaticano II, se separan de ellas o las desnaturalizan cuando les viene en gana. Por esto su acatamiento debe calificarse de aparente, pues no es el resultado de reconocer la autoridad del Concilio (y de la Iglesia que lo convocó y aprobó), sino porque -al margen de él y de ella- forman parte de su propio catálogo de doctrinas u opiniones personales. A fin de cuentas practican aquel 'libre examen' de Lutero. Entre los primeros y los segundos hay diferencias formales de peso.

Las materias de desobediencia son innumerables: desde la interpretación de la Biblia hasta la aceptación de las normas morales, pasando por los dogmas más centrales de la fe. Esto ya se puso en evidencia cuando Pablo VI publicó su encíclica *Humanae vitae* (1968); y desde entonces el catálogo no ha dejado de crecer: la licitud del aborto, del divorcio, de los 'derechos' homosexuales, de la ordenación sacerdotal de mujeres, de la presencia sacramental de Jesucristo en la Eucaristía, de la necesidad del perdón de los pecados personales en la confesión oral, de la obligación misionera de la Iglesia Católica, de la posesión de la verdad cristiana total por la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, de los fines y formas del diálogo ecuménico, etc. Y a fin de cuentas, sobre la capacidad humana de encontrar la verdad, pues se la niega tal capacidad cuando se niega o se presupone su inexistencia.

Ante este panorama, ¿podemos decir que el diagnóstico lefebvrismo era erróneo, desenfocado? ¿Fue su culpa haber señalado el inevitable destino de ciertos caminos? ¿Hay que castigar al mensajero o analizar el mensaje?

Continuará





Erika J. Rivera

El aporte de Guillermo Francovich a la difícil formación de la identidad nacional

Segunda y última parte

Retomando a Francovich, él escribe:

"[...] por mi propia iniciativa, había preparado yo un informe sobre todos los asuntos pendientes. Los más importantes eran la deuda del Brasil de diez millones de libras esterlinas establecida por el Tratado de Petrópolis y el interés del gobierno brasileño por la vinculación ferroviaria entre Corumbá y Santa Cruz, sobre las bases del pago de esa deuda.

En mi calidad de Encargado de Negocios, yo había escrito reiteradamente a Bolivia sobre ambos asuntos, habiendo recibido siempre respuestas negativas, que llegaron a su concreción definitiva en una nota que debe figurar en el archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores en que se decía de modo terminante que la política de Bolivia estaba orientada en sentido de no permitir la construcción de ferrocarriles de la periferia al centro sino del centro a la periferia. Cuando el Canciller Finot pasó por Río de Janeiro, se limitó, como él mismo lo dijo, a escuchar las proposiciones brasileñas, sin tomar decisión alguna" (Francovich, 1974: 26-27).

Podemos apreciar que existía una inercia preponderante y contra ella es que empieza en 1938 pese a toda crítica y conflicto el inicio de las negociaciones, lo que Francovich denominó "La marcha hacia el este". El tratado de vinculación ferroviaria determinaba la construcción de un ferrocarril desde Santa Cruz a un puerto de la región amazónica y por otro a Corumbá, comunicando el Atlántico y el Pacífico. También se autorizaba la realización de estudios y exportación del petróleo boliviano a través del territorio brasileño. Para Francovich esto representaba un cambio radical en la política internacional y en el destino de Bolivia. Él fue uno de los pocos pioneros que se percató tempranamente de la contribución del oriente boliviano al progreso del país. Estas ideas fueron ferozmente atacadas en su momento por evasión de nuestra pregunta fundamental, pero también por la oposición demagógica de quienes consideraban equivocadamente la preparación de un nuevo desmembramiento territorial. Eso me hace recuerdo a nuestro dicho: si haces algo hablan mal, si no haces algo, igual hablan mal. Entonces Francovich y los personajes del momento se jugaron su reputación, porque el nacionalismo revolucionario jamás reconoció sus esfuerzos. Por ello no puedo pasar por alto la difícil construcción de nuestra integración y por ello, de la bolivianidad.

En 1941 bajo la presidencia de Peñaranda nuestro autor se desempeñó como Subsecretario de la Cancillería. Intensificó sus acciones bajo la proyección continental a causa de la posición geográfica de Bolivia. Por lo tanto, sus funciones administrativas coadyuvaron a hacer realidad la vinculación ferroviaria de Santa Cruz con Buenos Aires.

Luego fue nombrado Ministro en Asunción y extendió la misma política con el Paraguay. En 1944 dejó la Legación. Francovich, también desempeñó funciones en el ámbito educativo desde 1944 hasta 1951. Fue Rector de la Universidad de Sucre. Finalmente, en 1951 fue designado Director del Centro Regional de la

de México lo siguiente: "Francovich, con una intuición vital muy americana junta en una obra el esqueleto racional y el marco literario, ganando la exposición en nitidez, atractivo, riqueza para la verdad" (citado en: Leytón, 2008: 80). Leytón también nos dice que Francovich sintetizó hábilmente la senda recorrida por el pensamiento boliviano en las obras *Filosofía en Bolivia* escrita en 1945; *El pensamiento universitario de Charcas* de 1948; y *El pensamiento boliviano en el siglo XX* de 1956. Su aporte en torno al Brasil se encuentra en *Filósofos Brasileños* de 1943. Hasta la aparición de estos libros nada sistemático se había intentado en Bolivia y tampoco en el Brasil. Estas contribu-

ricos" (Mansilla, 2009: 221). Por lo expuesto, es imposible dilucidar la filosofía de Francovich al margen de la escena política boliviana. Como bien lo expresó Mansilla, los que nos sentimos atraídos por las ideas y la filosofía política no debemos olvidarnos de:

"Confrontar los resultados de un régimen con sus propios principios programáticos, por ejemplo. Medir la praxis de los gobiernos y los intelectuales de acuerdo a sus ideas originales. Comparar los logros de un gobierno o de un sistema político con sus intenciones teóricas. Esclarecer los intereses irracionales, pero robustos y determinantes, que se hallan detrás o debajo de la retórica revolucionaria. Cuando están en la oposición, los dirigentes revolucionarios propagan el derecho a la resistencia y la libertad de conciencia, y luego cuando asumen el gobierno, sucumben a las seducciones y constricciones del poder" (Mansilla, 2009: 223).

Para algunos la paradoja histórica continúa. Por esta situación es que para Mansilla cobró sentido reflexionar sobre Francovich y realizar un análisis crítico, intentando rescatar a este escritor boliviano del olvido y de la conciencia falsa sobre la realidad social. Es evidente que Francovich despertó, despierta y despertará interés en círculos intelectuales y políticos ya sea a favor o en contra, porque nos desenvolvemos entre tensiones que es nuestro deber analizarlas y elevamos a la búsqueda de una superación constante. Lo importante es la motivación que genera Francovich para pensarnos y continuar construyendo la realización de nuestra historia, porque nosotros somos los artífices de nuestra realidad.

CONCLUSIONES

En primer lugar, hoy a 25 años de su muerte vale la pena conocer la vida de Francovich, porque significa recorrer casi un siglo de historia. Es un buen motivo no solo para conocer la historia solo por conocerla, sino que también podemos empezar a tomar conciencia de ella.

En segundo lugar, nos ayuda a contextualizar nuestros procesos de integración y consolidación de la bolivianidad en el ámbito nacional e internacional.

En tercer lugar, con Francovich reactualizamos los debates no resueltos en la arena política.

Finalmente, con la explicitación de las ideas de este autor y apropiándonos de sus experiencias podemos proyectar una política de Estado y sobre todo consolidar un proyecto de país que aún en la actualidad se encuentra en juego por las grandes contradicciones que llevamos en el seno de nuestra bolivianidad. Con fortalezas y debilidades, Francovich siempre será un motivo para pensarnos.

Fin



UNESCO en el Hemisferio Occidental con sede en la Habana.

III. LA FILOSOFÍA Y FRANCOVICH

En el ámbito filosófico, indiscutiblemente su personalidad y su pensamiento han sido motivo de estudio de parte de algunos filósofos, políticos y juristas bolivianos. Por ejemplo Jorge Leytón al referirse a Francovich escribe: "De gran espíritu público, no se le conoce filiación política, no pertenece a partido o grupo político alguno, su posición ideológica se adscribe a los postulados del liberalismo y por su atuendo familiar y social forma parte de la aristocracia chuquisaqueña. Escribe alrededor de 35 obras, que reflejan diferentes facetas de su vida en relación con el proceso de toma de conciencia de la realidad boliviana que se inicia en la década de los años treinta" (2008: 79). En el ámbito filosófico Francovich escribió *Pascal, su filosofía, su concepto de la justicia* en 1927; *Toynbee, Heidegger y Whitehead* en 1951; *La Teoría del Hombre de Francisco Romero* en 1960; *Supay* en 1939 y *Pachamama* en 1942. El filósofo español David García Baeca comentó en el *Boletín del Centro de Estudios Filosóficos*

ciones representan el primer trabajo serio y perfectamente documentado que sobre los mismos temas se haya escrito (2008: 81).

Mansilla, quien conoció personalmente a Guillermo Francovich en Río de Janeiro en 1981-1983, lo retrata de la siguiente forma: "En contraposición a Costa del Rels era un hombre de pocas palabras y de emociones controladas. Le gustaba escuchar" (2009: 220). El interés de Mansilla por Francovich se inscribe en el intento de comprender los mecanismos de encubrimiento que son socialmente necesarios, aceptados y legitimados por los distintos grupos sociales. En esta incómoda labor de crítica ideológico-discursiva radica la temprana originalidad de Francovich y su contribución a esclarecer los cimientos, a veces encubiertos, de la identidad (o de las identidades) del país. Aquí reside el impulso para comprendernos a nosotros mismos y a nuestro presente. En *Los mitos profundos de Bolivia*, Francovich expresa que la conciencia colectiva boliviana es poco explorada. "Paralelamente a la historia de las ideas de tipo racional hay una historia de los mitos y las leyendas que a veces influyen más vigorosamente que aquellas en el acontecer socio-histó-

El jardín del Señor Chéjov

Hace unos meses, Ricardo y yo volvimos a mirar las fotografías que tomamos el otoño pasado. Como entonces él acababa de comprarse una Minolta nos hizo posar en todos los lugares de la casa; en el balcón, la cocina, la sala, junto a la escultura de Horumura que adquirió en una galería de Los Ángeles. Las mejores fotografías las tomó en el jardín, junto a la propiedad del señor Chéjov. En el repaso que hicimos de ellas una llamó poderosamente nuestra atención. Al frente estamos Sara, Vincent, Antón y yo, atrás la hermosa fila de arces que mis abuelos plantaron en los años cuarenta, habiendo apenas llegado de Canadá y que funcionaban como una barda que separaba nuestra propiedad de la calle. En la misma fotografía, al fondo, en su jardín, afanoso, se encontraba el señor Chéjov, barriendo las hojas que caían desprendidas y que el viento lanzaba hasta su jardín.

Era abril y la primavera cundía afuera de la casa recorriendo todos los jardines de la zona, soltando ese aroma dulzón que pone hiperactivas a las aves. Ricardo se asomó por la ventana desde la que se miraba la propiedad del vecino, miró la hilera de arces llenos de hojas y las debió imaginar todas tiradas en el otoño porque me dijo: "No es justo que el señor Chéjov tenga que pasarse todo la estación barriendo las hojas de nuestros arces". De ahí en adelante pasamos lo que restaba de la primavera y todo el verano discutiendo el asunto. Al final, llegamos a la conclusión de que eran los dos últimos árboles los más altos, los que soltaban la mayor parte de las hojas en el jardín del señor Chéjov. Ricardo pensó que lo mejor sería podar las ramas de esos árboles, si es que no queríamos talarlos.

Esos árboles tienen un lugar especial en el afecto de mi familia. Mis abuelos salieron de Canadá a causa de una persecución religiosa, que por cierto no trascendió, pero de la que fueron objeto central de hostilidad los Testigos de Jehová. Mis abuelos lo eran y salieron huyendo en 1944 de Quebec. Lo primero que hicieron cuando compraron esta propiedad fue sembrar esos siete arces rojos, medianos, que supongo les traían a la memoria la casa de la que habían huido tiempo atrás. Recuerdo claramente cuando mi abuela Katherine me narraba las historias del Gran Maestro a la sombra de esos arces, casi puedo ver a mis hermanos subiéndose por sus ramas, a mi madre tratando de bajarlos, recuerdo tantas cosas bellas cuando los miro que a veces me pasó las tardes asomada a la ventana, esperando a que lleguen los niños y Ricardo, acompañada solo por mis recuerdos que parecen desprenderse de mi memoria, como las hojas de esos árboles en el otoño. Es en esos momentos cuando me entra una nostalgia agresiva que me hace desear la detención del tiempo.

A principios de octubre, apenas empezando a cambiar el color de sus hojas, mandamos traer a un jardinero para que podara la parte más alta de los dos últimos arces. Colocamos además entre la propiedad del señor Chéjov y la nuestra, una malla de alambre de acero por encima de la barda que separaba nuestros jardines, para evitar

que las hojas que el viento arrastrara no fueran a parar al jardín de nuestro vecino.

Apenas llegado el otoño todo estaba listo. Me dolió, tengo que admitirlo, que se podara de esa manera los árboles, durante varios días no quise asomarme por la ventana, para no verles las ramas como brazos mutilados. Con el tiempo, Ricardo, que es muy perspicaz, me dijo que no lo sintiera mucho. "Si quieres apenas pase el otoño y la época de las hojas caducas retiramos la malla de alambre. Para entonces los arces volverán a ser los mismos". Creo que eso me dolió más, estar mutilándoles las ramas cada temporada a mis hermosos arces me parecía una barbaridad. Sin embargo, el señor Chéjov no merecía la molestia que le ocasionaban, sin querer, mis queridos árboles.

Él era un hombre que ya pasaba los ochenta. Su esposa murió hace tres años en el hospital y él, contradiciendo a sus hijos, decidió quedarse solo en su casa con una sirvienta que iba por las mañanas a cocinar y a hacer el aseo. Los sábados por la tarde, cuando salía con los chicos al servicio religioso, lo veía sentado cerca de la chimenea, leyendo algún libro, siempre solo, tan solo. En verano sus hijos solían visitarlo con más frecuencia, y no que lo visitaran solamente en esa época; a decir verdad el señor Chéjov era visitado constantemente por sus hijos y nietos. Visitas de cortesía que no pasaban de más de dos horas; quizás un café, una charla, un juego de cartas. En una ocasión Ricardo tuvo la gentileza de invitarlo a casa para tomar té. Ese día que lo esperábamos enfermó y terminamos la noche en el hospital con sus familiares, gente muy linda y agradable. A decir verdad fue esa dolorosa imagen de hombre frágil, la que me motivó a aceptar la solución que a Ricardo se le había ocurrido.

Se llegó el otoño, todo lo teníamos preparado. Antón, Vincent y Sara ya no eran tan pequeños y se pasaron la temporada en el colegio, con sus amigos. En ocasiones la casa se llenaba de adolescentes. Entonces sacábamos el asador al jardín y solía preparar algunas hamburguesas y salsichas para ellos. Por esos días dejaba que mis hijos se divirtieran, procuraba no interferir en sus juegos.

Una tarde Antón llegó con una chica a la casa, se llamaba Iris, estuvieron un momento charlando en la sala, mirando televisión; igual procuré no incomodar y subí a mi habitación a leer un libro. Pasados varios minutos, desde la cocina, vi como Antón, de apenas 15 años, se despedía besando delicadamente a esa pequeña rubia de ojos tiernos. Sentí un vuelco en el corazón. El pequeño Antón estaba creciendo y algún día, ese gesto cariñoso de él me lo reveló, habría de marcharse de casa. En ese momento volví a desear que el tiempo se detuviera. Ambos corrieron alegres hacia los arces, en la reja se volvieron a despedir, ella correspondió a su beso con una caricia en la mejilla. Pude entonces imaginar la sonrisa de Antón, el rubor de sus mejillas, sus grandes ojos procurando no perder detalle; intenté además imaginar lo que iba a decir. En ese momento un gran auto negro se detuvo en la puerta de entrada de la casa del



señor Chéjov. El hijo de mi vecino, a quien había conocido en el hospital, bajó del auto presuroso. No tocó la puerta sino que entró por la parte de atrás de la casa. Intrigada llamé a Antón y le pedí que investigara qué era lo que sucedía: "Anda, tal vez necesiten ayuda, quizás nosotros podamos brindárselas". A los pocos minutos Antón regresó con la noticia de la muerte del señor Chéjov. El bello rostro de mi hijo que momentos antes imaginé sonrojado, se ensombreció con la noticia. Una ráfaga de aire sopló y Antón se abrazó a mi cuerpo estremecido. Me dijo que logró ver el cadáver de nuestro vecino cerca de la chimenea. "Estuve tocando mamá y como nadie contestaba entré por la puerta de atrás. Escuché llorar a alguien. En la chimenea estaba el hijo del señor Chéjov abrazando a su padre".

Esa misma noche se hicieron los arreglos para velarlo. Preparé un postre y un poco de té de frutas y me presenté con Ricardo y los niños. Las mismas personas amables que estuvieron en el hospital nos recibieron. Algunos de nuestros vecinos que ya se habían enterado asistieron también. Curiosamente la pequeña rubia de la que Antón se había despedido, apenas en la tarde, se encontraba ahí, acompañada de una mujer mayor que usaba unas gafas gruesas. Antón me dijo que le habló para comunicarle lo del vecino muerto y ella quiso acompañarlo, pensando que tal vez a mi hijo se le hubiera muerto un ser querido. Ricardo estuvo charlando con los vecinos, yo intenté consolar al hijo que había descubierto el cadáver.

Me comentó que solía hablar con su padre por la tarde, después del trabajo y que ese día intentó comunicarse con él sin que nadie contestara el teléfono. Me dijo además que rápido salió a casa de su padre para ver qué pasaba y ahí lo encontró, en el sillón, con los ojos abiertos mirando su jardín, muerto.

"Sabe -me dijo- él amaba ese jardín. Solíamos pasarnos buenas tardes mirando el crepúsculo desde aquí, con la chimenea encendida, tomando whisky, leyendo La sala número seis, su relato preferido, o a veces recordando a mi madre. -Papá me hablaba

mucho de ella, de cuánto la había amado". En ese momento la charla se interrumpió. El hijo del señor Chéjov miró el jardín iluminado por los faroles de la entrada. Extrañado me preguntó: "¿No le parece raro que el jardín esté tan limpio? Mi padre adoraba pasarse las tardes entretenido en limpiar su jardín. Luego venía aquí a leer, o a recordar." Apenas escuché eso sentí otro vuelco en el corazón. Quise salir corriendo a retirar la malla de acero que habíamos puesto, para que las hojas de nuestros arces llegaran al jardín del señor Chéjov, quise que soplara un viento fuerte y que arrastrara todas las hojas de los árboles de Canadá, para que el señor Chéjov las recogiera, pero nada pasó. Afuera el jardín oscuro parecía lamentar también la muerte de nuestro anciano vecino. Conmovida, me disculpé de mi interlocutor y salí. El mismo viento frío que nos había estremecido por la tarde hacia sus rondas nocturnas. En ese momento apareció Antón acompañando a la pequeña rubia. "Iris se marcha mamá". Salude a la niña. La mujer de gafas grandes, que era su nana, se quedó dándole el pésame, no la quise sacar de su error, de alguna manera yo también necesitaba esas condolencias. Antón se adelantó con Iris. En la entrada de la casa él volvió a besarle la mejilla con ternura. Ella aceptó el beso y se retiró, la mujer siguió tras ella. Antón se acercó a mí. "¿Por qué estás triste mamá?", me preguntó. "Por el señor Chéjov Antón, por el señor Chéjov". Me abrazó, miré sus enormes ojos, del mismo color que los de mi abuela Katherine y quise nuevamente que el tiempo se detuviera, pero esta vez tampoco pude.

Armando Ortiz. México, 1968.
Escritor, narrador y periodista.



Del castellano al español

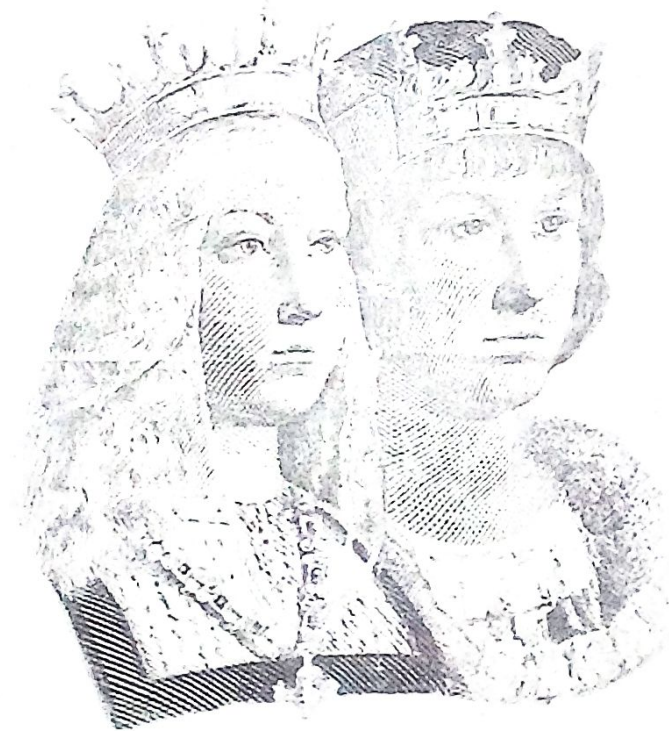
El español, cuyos primeros documentos han cumplido más de diez siglos, ha tenido unos orígenes relativamente bien conocidos. Las llamadas "glosas", breves comentarios o traducciones del latín al romance de los primeros tiempos, evidencian dos cuestiones de importancia: la primera, que los primitivos dialectos hispanicos ya tenían para entonces una vida oral suficientemente asentada, y segundo, que el latín clásico se entendía mal y con dificultad, aun en los casos de personas de alguna cultura.

La paulatina desaparición del latín popular en la antigua Hispania sería consecuencia obligada del auge del astur-leonés, del castellano y del navarro-aragonés, por ejemplo. Las circunstancias históricas y políticas quisieron que ese mosaico dialectal originario fuera cediendo terreno a favor de la variedad cántabra. En el siglo XIII empieza a afianzarse en la lengua literaria, en las obras historiográficas y en importantes textos jurídicos. Ya desde antes la Escuela de Traductores de Toledo vertía al castellano —a través del latín— obras filosóficas y científicas procedentes de la cultura griega y de la árabe, trabajo que estuvo muy lejos de decaer en la época alfonsí que, salvo en una parte de su producción lírica, lo hizo suyo en sus obras, y lo elevó a la lengua oficial de la Cancillería regia.

Puede fecharse, al menos simbólicamente, el año de 1252 como el momento en que se inician en firme los trabajos de codificación de los empleos lingüísticos del dialecto castellano. Hasta entonces, sobre todo en la época de Fernando III, en que se unen los reinos de León y de Castilla, los códices escritos en este todavía dialecto no eran pocos, pues la Cancillería regia fernandina había producido textos en castellano, cuando este dialecto no estaba aún unificado y, sobre todo, cuando la tradición solo reconocía al latín. El proceso lo empezaría en serio su hijo Alfonso X, llamado posteriormente "el Sabio".

En aquellos momentos, el telón lingüístico de fondo de la mitad norte de la península ibérica era el siguiente: gallego portugués, astur leonés, leonés oriental, castellano occidental (Palencia y Valladolid), castellano oriental (Ávila, La Rioja, Soria), y más al oriente, navarro aragonés, aragonés y catalán. Tal fragmento dialectal conspiraba decididamente contra el despuntar de un dialecto unificado y firme que sirviera de soporte a textos oficiales y de todo tipo, al menos en algunas de las regiones.

Unificar en un dialecto aquellos que componían —en el caso de los occidentales— un mosaico tan variado parecía tarea imposible por aquel entonces. En primer lugar estaba el problema de la selección de una variedad lingüística dada: por una parte había que considerar el prestigio, por otra, la conveniencia y el grado presupuesto de aceptabilidad. Pero eso no era todo. Era necesario dotar a la variedad seleccionada de medios y posibilidades expresivas, es decir, capacitarla para que pudiera convertirse sin fracasar en un medio útil y cómodo de comunicación, y una vez que se hubiesen obtenido estas dos metas preliminares, codificar sus empleos lingüísticos.



Puntos favor del castellano eran, por una parte, la reciente unión de León y de Castilla

(1217-1230), y todavía más favorecedor, el hecho de que muchos de los documentos despachados por la Cancillería de Fernando III —que había sido rey de Castilla antes que de León—

nada de medios y posibilidades expresivas, es decir, capacitarla para que pudiera convertirse sin fracasar en un medio útil y cómodo de comunicación, y una vez que se hubiesen obtenido estas dos metas preliminares, codificar sus empleos lingüísticos.

la Cancillería la duplicó. En cambio el leonés, que comenzó a emplearse en documentos y diplomas privados y locales de cerca de 1230, fue languideciendo paulatinamente hasta finales de ese siglo. La imposición del castellano no era, por lo tanto, una novedad ni una decisión rara, sobre todo si a la documentación cancellesca añadimos la producida por la curia arzobispal de Toledo que, aunque menor en número, tenía mucha importancia.

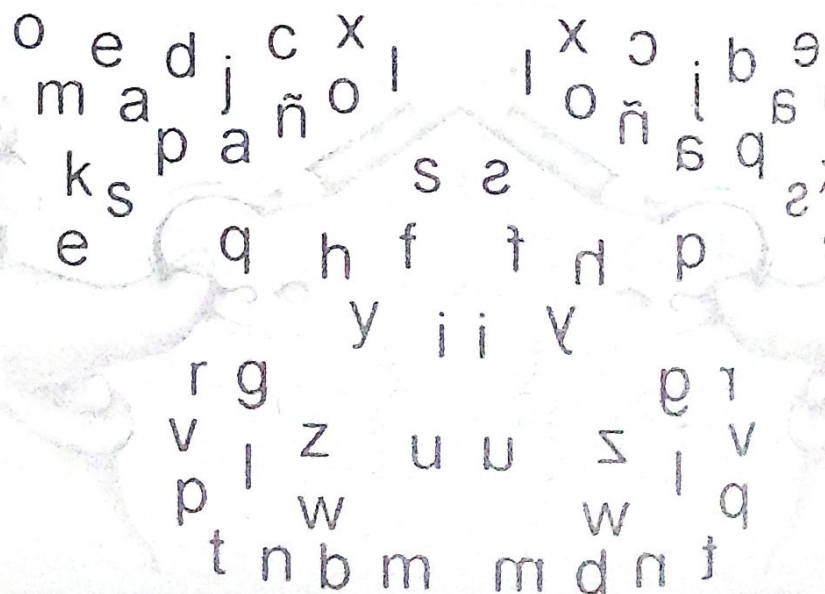
El uso institucionalizado del castellano tenía las puertas abiertas. Solo faltaba el monarca que se empeñara personalmente en lograrlo, y ese fue Alfonso X, que dio inicio a esa tarea desde 1252, el mismo año de su elevación al trono. Fue, por lo tanto, a mediados del siglo XIII cuando comienza sistemáticamente la institucionalización del uso del castellano.

Bajo la autoridad real la práctica escurritana del castellano se fortaleció de manera muy notoria, autoridad de que carecían las variedades leonesas, sus más cercanos contrincantes.

No hay que olvidar —como señala atinadamente Fernández-Ordóñez— que

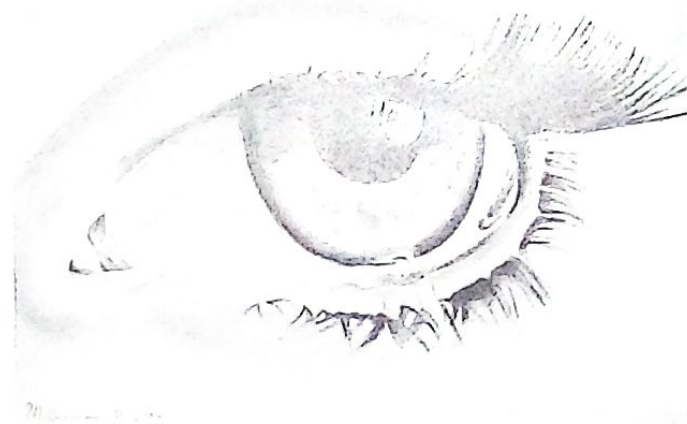
...la unión de los reinos implicó el asentamiento de la nobleza y de la iglesia de León a la autoridad del rey castellano. Pero, sobre todo, el castellano fue la lengua preferida para las prácticas jurídicas y administrativas concernientes al conjunto del señorío castellano-leonés porque ya desde años atrás, desde mediados del siglo XII al menos, Castilla era el reino con más peso demográfico, el de mayor extensión territorial y con una economía más pujante.

Durante algo más de tres décadas el castellano fue impulsado por la Cancillería alfonsí en una muy importante cantidad documental a través de todos los territorios del reino. Pasados los primeros momentos en que las denominaciones a la len-





El calientalágrimas



El Calientalágrimas va todos los días al cine. No es necesario que den algo nuevo, también lo atraen las películas viejas, lo importante es que cumplan su objetivo y le arranquen copiosas lágrimas. Se sienta entonces en la oscuridad sin ser visto por nadie y espera la consumación. El mundo es frío y despiadado y si no fuera por la humedad caliente que siente en sus mejillas, no valdría la pena vivir. Tan pronto las lágrimas empiezan a correr, se siente bien, está muy tranquilo y se queda quieto, teniendo cuidado de no ir a secar ninguna con el pañuelo, cada lágrima debe rendir hasta el último resto de calor y si lograra llegar hasta la boca o hasta la barbilla, o si alcanza a recorrer el cuello o fluir sobre su pecho, el la toma con agradecido recogimiento y solo se levanta después de un generoso baño.

Al Calientalágrimas no siempre le fue tan bien, hubo épocas en que estuvo sometido a sus propias desgracias y cuando estas no llegaban y se hacían esperar, creía congelarse. Vagaba inseguro por la vida de un lado para otro, en busca de una pérdida, de un dolor, de una pena irreparable. Pero no siempre se muere la gente cuando uno quiere estar triste, la mayor parte tiene su vida tenaz y porfiria. Pasaba que caía presa de un suceso conmovedor y su cuerpo empezaba a relajarse satisfecho. Pero luego

—cuando creía que lo había alcanzado—, luego nada pasaba, había perdido mucho tiempo, y tenía que buscar una nueva oportunidad y debía empezar a esperar de nuevo.

Se necesitaron muchas desilusiones para que el Calientalágrimas se diera cuenta de que a nadie le suceden suficientes cosas en la vida como para poder vivir del gasto. Lo intentó con muchas, hasta con las alegrías. Pero cualquiera que tenga alguna experiencia en eso sabe que con las lágrimas de la alegría no se llega lejos. Aunque llenen los ojos, como pasa a veces, no alcanzan realmente a correr, y en cuanto a la duración de su efecto, son un desastre. Tampoco la furia ni la ira se muestran más prodigas. Solo hay un motivo que tiene un efecto duradero: pérdidas, y más pérdidas de carácter irreparable, que son preferibles a todas, sobre todo cuando afectan a quienes no las merecen.

El Calientalágrimas ha pasado por un largo aprendizaje, pero ahora, es un maestro. Lo que no le es concedido, lo obtiene de los otros. Cuando nada le importa, extrínsecos, extrínsecos, bellos, inocentes, grandes, aumentan su efecto hasta lo inagotable. El no sufre ningún daño, sale tranquilamente del cine y se va a su casa. Allí todo está como antes, nada le preocupa y el próximo día no le depara ninguna inquietud.

Elías Curnetti.
Bulgaria, 1905-1994
Premio Nobel de
Literatura, 1985



Castilla a Isabel I, y 1516, al morir Fernando II de Aragón, suele fijarse el período del reinado de los llamados Reyes Católicos, también bautizado por algunos historiadores como el período en que comienza en la península la Edad Moderna. Los que así piensan se basan en que ambos monarcas —tanto monta, monta tanto— propician y consiguen que nazca una unidad política y, con ello, los primeros bosquejos del concepto de Estado moderno. (...).

Es evidente que la unidad territorial, de la que desde entonces, aunque tímidamente, empezó a llamarse España, fue la base fundamental para el logro de una relativa unidad lingüística, siempre claro, dentro de un marco de coexistencia con otras lenguas peninsulares que lograron sobrevivir a la castellanización.

Los hechos de esta triunfal aventura, que son de sobra conocidos, terminan brillantemente con la conquista del último reducto moro: Granada.

Un importante cúmulo de sucesos históricos propició el éxito de estos planes. Entre ellos la suerte de que Isabel llegara a ocupar el trono de Castilla y que, a causa de la muerte del rey Juan II, accediera al trono de Aragón su hijo Fernando. Así se hacía realidad la unión dinástica de ambas Coronas.

El proyecto de la "unidad de España" no era nada nuevo, solo que ambos monarcas, herederos de la tradición secular de la Reconquista, lo tenían en un lugar privilegiado de su programa político. Y no solo contaba la recuperación del honor mancillado, que tenía una gran importancia, y la soñada unificación de los territorios de la Corona, sino también las características de aquellos territorios dilatados —cerca de 30 mil kilómetros cuadrados— de especial riqueza agrícola, de próspera industria de manufacturas y, sobre todo, de feliz y conveniente comercio por el Mediterráneo.

Una ayuda inesperada fue sin duda la continua lucha interna entre Abul Hasan y su hijo Abu Abdallah (Boabdil) que debilitaba, y no poco, la dinastía nazarí. Las tropas cristianas resultaron por fin triunfantes y Boabdil, el que "lloró como mujer lo que no supo defender como hombre", como le echó en cara su madre, la sultana Zoraya, fuese desbancado del palacio de la Alhambra. Con ello, los Reyes Católicos se adueñaron de aquellos territorios. La heráldica granada de los vencidos pasó a ocupar un nuevo puesto en el escudo de los triunfadores.

Había caído el último reducto enemigo que bloqueaba los planes de los monarcas cristianos de conseguir la unidad política de la península, a la que poco después se añadiría el norte de África y las Islas Canarias. La suerte estaba echada, una suerte en la que el castellano daba sus primeros pasos para convertirse en lengua española.

Humberto López Morales.
Doctor en Filología Románica.
Premio de Ensayo "Isabel Polanco"
en 2010 con su libro "La andadura
del español por el mundo".

que empleada en estos documentos eran vagas, comienzan a triunfar otras más concretas, como "lenguaje de Castilla, romance castellano, romance, castellano y lenguaje castellano". El castellano se convertía así en la lengua de la Corte, con lo cual relegaba de facto a las demás lenguas del reino. Su avance era imparable, y no solo los documentos sino en su uso habitual.

La notable y cuantiosa producción del "scriptorium" alfonsoí —el *Fuero Real*, el *Speculo*, las *Partidas*, la *Estoria de España*, la *General estoria*, entre decenas de obras "originales" y traducidas— fue una prueba viva del finapeto y del auge de textos en castellano que alcanzó esta época áurea e incomparable de la cultura peninsular. Alfonso se involucró personalmente y con mucho entusiasmo en esta gran obra escrituraria; a cada paso de esta extensa producción se leen textos como "Nos, don Alfonso, mandamos fazer" y otros muchos de semántica paralela.

Pero queda un punto de sumo interés. Junto a las diversas denominaciones de castellano que hicieron el rey y sus colaboradores de *scriptorium* se deslizan tres realmente curiosas: *lenguaje de España, lengua de España, español*. Pensaba el rey sabio en la posibilidad de desarrollar una entidad más amplia y abarcadora, tanto política como cultural y lingüística, o simplemente utilizaba el término España como sinónimo de Castilla?

Las campañas de la Reconquista fueron extendiendo el castellano hacia el sur de la península. Granada e Isabel la Católica son dos nombres clave en este recorrido geográfico que va desde un rincón de Cantabria hasta las costas mediterráneas. Más tarde, el norte de África y Canarias. No finalizó el siglo XV sin ver que el castellano cruzaba el Atlántico.

Entre 1474, cuando se proclama reina de

El dedo de Dios

Existen hechos que muchas veces superan la imaginación fantástica. Muchos cuentos, por muy inverosímiles que parezcan, han sido reales. El que he de narrar aconteció con esa cruda realidad, probablemente en la década de 1940. Podría ser una crónica más, en un libro como el de Omiste, o para competir en concursos de cuento policial. He de ofrecer la narración dándole la forma de ese subgénero: el de cuento.

A fines del siglo XIX, una gran zona del territorio boliviano se hallaba surcada de minas. La explotación fue intensa desde el comienzo del Colonialismo, principalmente de la plata. Por los vastos filones argentíferos muchos hicieron fortuna, durante y después del período colonial. Aniceto Arce, Gregorio Pacheco y otros, los más potentados, durante la segunda mitad del siglo XIX. Todos los minerales eran llevados fuera del país en los ferrocarriles. Arce tenía el mérito de haberlos introducido las potentes máquinas en el nuestro.

A fines del siglo XIX, cayó el telón de la plata, (después se levantaría la era del estaño). Arce, que había sido uno de los hombres más ricos del país, entró en el descalabro, muchos quebraron y pocos sobrevivieron. El ferrocarril que se había extendido, fue obra de la ingeniería británica (Bolivian Railway Co.), desde La Paz llegaba hasta Atocha, de allí a Villazón, comprendía el "Ferrocarril Villazón-Atocha, que era del Estado, con provisión de modernas locomotoras alemanas para la época, con chimeneas bajitas, casi al ras del lomo. El tramo era relativamente corto cerrado por inmensas montañas donde los túneles, viéndolos de lejos, semejan diminutas perforaciones. Uno de estos era especialmente el túnel del llamado "El Angosto", entre las estaciones de Tupiza y Balcarce de Nazareno.

Pasando el árido altiplano, el tren descendiendo a poco menos de los 3000 metros, lo cual es desde Oringenio. El paisaje ya es ameno, como en todos los villorrios de los Chichas donde el aroma de albahaca y molle embalsama el ambiente tibio. El tren pasa por Tupiza y vuelve a ascender al planalto que se prolonga hasta Tilcara, ya en la Argentina.

Las estaciones ferroviarias que existen desde Atocha servían para que los viajeros desde ellas accedieran a las minas que había en otras regiones del Departamento de Potosí, como Portugalete, San Vicente, Tatasi y otras, al margen de las minas del grupo sureño. Aconteció entonces de esta manera:

Era una mañana en la estación de Escoriani... clara, de cielo azul intenso, despe-

jado, cuando llegó hasta allí un hombrecoito pequeño, vestido con traje negro, sombrero, zapatos negros relucientes y camisa blanca; llevaba un maletín, negro también. Escoriani era tan solo más que otra cosa, una estación ferroviaria. Había telégrafo, un barchilón que asistía en primeros auxilios, curaba con medicina de farmacopea corriente y otras yerbas, un boticario y un peluquero barbero. El peluquero era don Augusto Concolorcorvo, un hombre amable, risueño y gran conversador como casi todo peluquero. El hombre del maletín era don Juan López Rodríguez, remesero de una de las minas, disciplinado, con su tiempo casi cronometrado,

cuello mientras el hombre inclinaba la cabeza pasivamente escuchando ya la perorata del "maestro". En una silla frente a él yacía el maletín negro. Cuando le pasó la espuma jabonosa por el mentón y la garganta, el barbero le tomó el mentón para echarle la cabeza más atrás. De pronto, Don Juan López sintió como si una sierpe silente pasara por su garganta dando un espantoso silbido, y algo caliente le llenara la boca. Quiso pararse al sentir que se ahogaba con algo... y vio que era su sangre mezclada con la blancura de espuma de jabón. Movió los pies convulsivamente. Alcanzó a ver el rostro espantable del peluquero que le pareció del dia-

Tarija vía Villazón, porque desde allí resultaba más expedita la salida a la Argentina. Se dejó la barba, vistió como un paisano vulgar, se puso anteojos que los ahumó de alguna manera, enzurronó el dinero en una bolsa con algunos efectos personales y se fue hasta Atocha para tomar el tren de allí, donde no era muy conocido, y donde, en efecto nadie reparó en él. Compró su pasaje en segunda clase, pasó por Escoriani, y siguió así hasta Tupiza. Allí era aún menos conocido, sin embargo decidió timar extremas precauciones y se subió al borde de una de las bodegas de carga, poniendo el bulto, que no era pequeño como asiento, y los pies

colgando entre bodega y bodega, con la espalda vista adelante. Nunca aprendió ni aprendería que no debe darse la espalda a lo incierto y desconocido. Sentíase relajado, el tiempo era agradable, el aire tibio le llegaba a la cara, se oía sólo el traqueteo monacorde de las ruedas del tren sobre los rieles. Extrajo de su bolsillo un emparedado que estaba envuelto en un papel y se dispuso a comer, cuando sintió que un terrible golpe y estrépito como la de un combo titánico que partiera una roca, y un remolino extraño rojo lo envolvía... y, en segundos vio ruedas y sangre, el tiempo en que se produce el corto circuito entre la vida la muerte, pareció advertir que para él se le cerraba el telón de su existencia. No había contado con el túnel de "El Angosto" que le destruyó la cabeza como una nuez pisoteada, y las ruedas del tren el resto de su cuerpo... vísceras, huesos, sangre, trozos de hueso con mechones de cabello y dientes regaron los rieles.

Un arriero que viajaba a pie con su asno de Suipacha a Tupiza, encontró los billetes desparramados en la quebrada que va paralela a la vía del tren, y salían también del túnel soplados por el viento. La gente anoticiada fue al lugar a coger por lo menos un billete. La empresa nunca recuperó su dinero. Un mujer vieja dijo: "¡El dedo de Dios le ha negado la entrada a su reino!... El diablo se lo ha llevado en su tren de fuego".

El túnel de "El Angosto" tiene su propia leyenda: el cerro es altísimo y muy vertical y escabroso y lo llaman "La caja del diablo" porque se puede ver como a unos 50 metros de esta mole un tambor con sus vaquetas, allí colgado. Cuentan que el músico de una banda se iba de la fiesta de algún pueblo cercano, pero que lo encontraron moribundo allí... pudo hablar para decir que "la viuda" (diablo devenido en una hermosa chola vestida con traje negro) lo tentó... y murió. Nadie pudo saber nunca... cómo pudo ir su dichoso tambor hasta esa altura tan inaccesible.

Vicente González Aramayo Zuleta.
Oruro. Abogado, historiador,
escritor, cineasta.



"El Angosto" - Vicente González Aramayo Zuleta

llegaba cada mes hasta allí, para embarcarse en otro vehículo hasta la mina, y entregar la remesa que traía desde La Paz, que la tenía apegada a su cuerpo como si fuera parte de él. Esa remesa era destinada al pago de los mineros. El hombre era honrado a toda prueba, confiado y creyente pechoño; para sus jefes era casi sagrado como la misma remesa, pero el diablo no se halla nunca de vacaciones. Cuando don Juan llegaba a Escoriani, apuraba un café medio aguado con un pan y un trozo de queso, amén de su desayuno, de una de las vendedoras. Habían mujeres que vendían algunos comestibles y refrescos agolpadas cuando era "...dfa de tren". El hombre era sencillo, de mirar desconfiado. Este don Juan ingresó a la peluquería y le pidió le hiciera barba y cabello. El hombre de guardapolvo blanco le hizo sentar en un sillón frente a un espejo ovalado con marco de madera. En la mesa había varias tijeras, maquinillas mecánicas de recorte, navajas, brochas, peines y otros objetos. Le puso una toalla alrededor del

blo mismo; sintió lejanos los ruidos. Comprendió en un instante que se ahogaba en su propia sangre, y... murió.

La poca gente que vivía en Escoriani se extrañó que la peluquería hubiera permanecido cerrada ya casi una semana. Algunos sospechaban lo peor porque ya se sentía fetidez por la misma calle. El corregidor, el juez parroquial, que llegaron de Atocha, y el policía abrieron la peluquería. Tanto ellos cuanto la gente que acudió quedó espantada ante semejante cuadro escalofriante. La Empresa telegrafaba desde La Paz a la mina preguntando sobre la remesa, y las autoridades de Tupiza principalmente, trataban no ya de "investigar" (palabra usada secularmente por la policía), sino de encontrar al señor Concolorcorvo, el desalmado barbero, asesino del remesero.

El hombre de la navaja se había refugiado en la aldehuela de Talina, donde tenía algún pariente. El criminal planeaba poner mucha tierra entre esos lugares y él. Su propósito era ir a

Denise Despeyroux

Escuela de Filósofos

KARL MARX

(Prusia, 1818 – Inglaterra, 1883)

Padre teórico del socialismo científico, el filósofo, historiador, sociólogo, economista y escritor Karl Marx es una figura clave para entender la historia política y social contemporánea. Estudió Filosofía en Berlín y pronto se implicó en trabajos sobre la realidad social y se hizo redactor de un periódico que sería intervenido por la censura. Exiliado en 1843, conoce en París a Friedrich Engels, que se convertirá en su amigo y colaborador.

Expulsado de Francia por sus escritos y su fama de revolucionario, se establece en Bruselas, donde funda la Liga de los Comunistas y otra publicación.

Nuevamente expulsado, en 1849 se establece en Londres. Allí se funda la Primera Internacional y escribe su gran obra: *El Capital*.

- El capitalismo ha ahogado en las aguas glaciares del cálculo egoísta el sagrado éxtasis del fervor religioso, del entusiasmo caballeresco, del sentimentalismo pequeño-burgués. Ha reducido la libertad personal al valor de cambio, poniendo en lugar de las incontables libertades estatuidas y bien conquistadas una única libertad de comercio. Ha sustituido, en una palabra, la explotación velada por ilusiones políticas y religiosas por la explotación franca, descarada, directa, escueta.
- El obrero es más pobre cuanto más riqueza produce, cuanto más crece su producción en potencia y en volumen. El trabajador se convierte en una mercancía tanto más barata cuantas más mercancías produce. La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas. El trabajo no solo produce mercancías; se produce también a sí mismo y al obrero como mercancía, y justamente en la proporción en que produce mercancías en general.
- Ciertamente el trabajo produce maravillas

para los ricos, pero produce privaciones para el trabajador. Produce palacios, pero para el trabajador, chozas. Produce belleza, pero deformidades para el trabajador. Sustituye el trabajo por máquinas, pero arroja una parte de los trabajadores a un trabajo bárbaro, y convierte en máquinas a la otra parte. Produce espíritu, pero origina estupidez y cretinismo en el trabajador.

- Cuanto más se vuelca el trabajador en su trabajo, tanto más poderoso es el mundo extraño que crea frente a sí y tanto más pobres son el mismo y su mundo interior, tanto menos dueño de sí mismo es. Lo mismo sucede en la religión. Cuanto más pone el hombre en Dios, tanto menos guarda en sí mismo.
- Así como en la religión la actividad propia de la fantasía humana, de la mente y el corazón humanos, actúa sobre el individuo independientemente de él, es decir, como una actividad extraña, divina o diabólica, así también la actividad del trabajador no es su propia actividad. Pertenece a otro, es la pérdida de sí mismo.

El manifiesto comunista

Se nos ha reprochado el querer abolir la propiedad privada. Irato del trabajo propio. ¿Os referís acaso a la propiedad del pequeño burgués, del pequeño labrador, esa forma de propiedad que ha precedido a la propiedad burguesa? No tenemos que abolirla: el progreso de la industria ya se encarga de hacerlo. ¿O tal vez os referís a la propiedad privada burguesa moderna? ¿Es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletario, crea propiedad para el proletario? De ninguna manera. Lo que crea es capital es decir, la propiedad que explota al trabajo asalariado y que no puede acrecentarse sino a condición de producir nuevo trabajo asalariado, para volver a explotarlo.

NICOLÁS MAQUIAVELO

(Italia, 1469 – 1527)



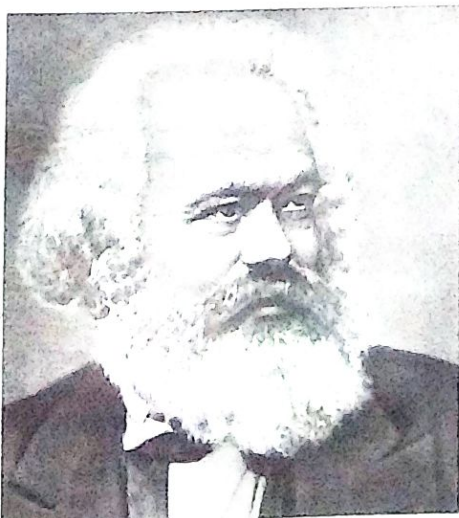
Nicolás Maquiavelo fue una figura muy relevante en el Renacimiento italiano y probablemente el teórico político más importante de su época. Como diplomático de la República de Florencia entró en contacto con los principales dirigentes políticos y eclesiásticos de Italia y Francia. Después de la caída de la República en 1512, se retiró de la política y escribió las obras que lo consagrarían como el fundador de la filosofía política moderna.

El concepto central en torno al cual gira su pensamiento es el poder. Maquiavelo afirma la autonomía de la política, que no pertenece al reino de lo natural, sino que es un producto de la acción humana y que por eso debe situarse en el terreno de la libertad y el artificio. Partidario de la república, observa que en toda comunidad aparecen dos intereses contrapuestos, los del pueblo y los de "los grandes".

- Los pintores que van a dibujar un paisaje deben estar en las montañas, para que los valles se descubran a sus miradas de un modo claro, distinto, completo y perfecto. Pero también ocurre que únicamente desde el fondo de los valles pueden ver las montañas bien y en toda su extensión. En la política sucede algo semejante. Si, para conocer la naturaleza de las naciones, se requiere ser príncipe, para conocer la de los principados conviene vivir entre el pueblo.
- En toda ciudad existen dos inclinaciones diversas, una de las cuales proviene de que el pueblo desea no ser dominado y oprimido por los grandes, y la otra de que los grandes desean dominar y oprimir al pueblo.
- El príncipe no ha de tener otro objeto, ni abrigar otro propósito, ni cultivar otro arte, que el que enseña el orden y la disciplina de los ejércitos.
- Entre el que es guerrero y el que no lo es, no hay ninguna proporción. La razón y la experiencia nos enseñan que el hombre que se halla armado no obedece con gusto

al que está desarmado, que el amo desarmado no se encuentra seguro entre sirvientes armados. Con el desdén que late en el corazón del uno y la sospecha que el ánimo del otro abriga, no es posible que lleven a cabo juntos buenas operaciones.

- Un príncipe que a toda costa quiere ser bueno, cuando de hecho está rodeado de gentes que no lo son, no puede menos que caminar hacia su ruina.
- Y es que al príncipe no le conviene dejarse llevar por el temor de la infamia inherente a la crueldad, si necesita de ella para conservar unidos a sus gobernados e impedirles faltar a la fe que le deben, porque, con poquísimos ejemplos de severidad, será mucho más demente que los que por lenidad excesiva toleran la producción de desórdenes, acompañados de robos y de crímenes.
- No hace falta que un príncipe posea todas las virtudes, pero conviene que aparente poseerlas.
- El príncipe debe saber que dispone de dos recursos: la ley y la fuerza. El primero es propio de hombres; el segundo pertenece esencialmente a los animales. Le es indispensable a un príncipe el saber hacer buen uso de uno y otro. Es lo que enseñaron los antiguos autores a los príncipes, cuando escribieron que muchos de la antigüedad, y particularmente Aquiles, fueron confiados en su niñez al centauro Quirón para que los criara y educara bajo su disciplina. Esta alegoría no significa otra cosa sino que ellos tuvieron por preceptor a un maestro que era mitad bestia y mitad hombre; es decir, que un príncipe tiene necesidad de saber usar a un mismo tiempo de una y otra naturaleza.



M

anuel María Pinto

Manuel María Pinto. La Paz, 1872 – Argentina, 1942. Poeta e historiador. Ha escrito en poesía: *Acuarelas* (1893); *Palabras* (1898); *Viridario* (1900). En *Historia*: *El conflicto del Pacífico* (1918) y *La revolución de la Intendencia de La Paz* (1942). Hondamente influenciado por la literatura del albor modernista, este poeta, participa de las extravagancias de su época al par que de la robusta brillantez de su parnasianismo siempre nuevo. Es autor de "Viridario".



Quia Sunt

Son Ellos, llegan fatigados, llegan
de las opuestas playas. Y en acentos
lúgubrenmente extraños nos entregan
himnos que vuelan a los cuatro vientos.

Con las alas abiertas peregrinan
las zonas, como cóndores erráneos,
y riegan las semillas que germinan
bajo el arco de triunfo de los cráneos.

Es tiempo. La simiente reverbera,
anida muchos soles en su seno,
y se extiende feraz la amplia pradera
con su pulmón exuberante y pleno.

Cosechan ¿es el Indus que recoge
la sazónada mies? – ¿Es que la planta
derrama el fruto dentro el limpio troje –
(cerebro secular como arca santa)?

Escucha: ¿Son los ecos del abismo
que desespera con clamor profundo
cuando, bajo el siniestro cataclismo,
crujen todas las vértebras del mundo?

¿Son acaso los perros de la fata
Morgana; de los antros corroídos
que en el cielo sin luz del Mahabarata
amedrentan con lúgubres aullidos?

¿O es acaso ese gran diamante lucio
cuya uniface como hornalla brilla
cuando al son de sus cánticos Confucio
amamanta la ergástula amarilla?

Es que en el Sinaí las tablas labra
Moisés. Es que derrama de su ubre
leche la vaca egipcia. Y la palabra
ideales Atlántidas descubre.

Es que Dios a las glebas miserables
dormidas en sus místicos beleños,
les enseñó los mundos incabales,
los mundos encantados de los Sueños.

Y tuvieron sus ritmos las montañas,
y tuvieron sus cánticos los ríos:
la tierra en sus prolíficas entrañas
cantó al sol con la flor de sus estíos.

Y los hombres crearon sus altares
e hicieron de los símbolos ideas
del estrépito ronco de los mares
el himno colosal de las mareas.

E hicieron de sus lenguas atalayas;
de sus roncadas gargantas grandes faros,
e hicieron emerger las flores gayas
en los desnudos mármoles de Paros.

Y al Bosque secular le abrieron brechas
al dulce son de cítaras ufanas:
con florido carcaj lleno de flechas,
recorrió el bosque la inmortal Diana.

Y alumbró los cerebros en su pleno
fulgor el Arte –padre de las Gracias–
canto a la luz el Partenón sereno,
la sacra luz que amaneciera en Asia.

Emigraron los Dioses y los Mitos.
Los tiempos florecieron como brotes
de extraña Flora: E inventaron ritos
los geniales Poetas-Sacerdotes.

A los ojos se abrieron los benignos
secretos; y las cosas en su idioma,
en la rara liturgia de los signos,
dijeron del amor de la paloma.

Del amor que florece en primavera,
del amor que se abisma en el abismo,
del amor secular que unce a la fiera,
y del amor de Todo, de Dios mismo.

En la boca inspirada fue cauterio
la palabra. Y contrajo nupcias sacras
en el bendito templo del misterio,
con los cielos, las flores y las lacras.

Y dijo en los hexámetros de Homero
(pirámide soberbia, eterna y fuerte),
la luchas del amor de Aquel guerrero
que lucha cara a cara con la Muerte.

Con las alas abiertas peregrinan
las zonas, como cóndores erráneos,
y riegan las semillas que germinan
bajo el arco de triunfo de los cráneos.

Como una sombra gigantesca asoma
por el cielo. Destacan sus siluetas
las victoriosas águilas de Roma
ungidas por la luz de sus poetas.

Cantan la loba que nutria el Lacio:
Ovidio con sus églogas de exilio;
con sus vibrantes dácilos Horacio,
con sus visiones místicas Virgilio.

Y antes que baje de su solio Roma,
mientras roen los bárbaros sus muros:
bañada en termas de inmortal aroma
hace surgir el arte a su conjuro.

Y ritman los poetas ARGENTEOS,
los grandes bardos de la edad de plata,
evocando los rojas Himeneos
de las Gracias, cantando el alma oblata.

Pasan siglos. Envuelta en el misterio
de los oscuros tiempos medioevales;
surge en la soledad del monasterio
y alumbra como un sol las catedrales.

Paloma que trayéndonos la oliva,
Arrulló en las basílicas de piedra,
Y puso sobre el marco de la ojiva
Junto al acantho la impasible hiedra.

Y como un gran poema de granito,
como una catedral soberbia: El Dante
en su visión genial del infinito
construyó la pirámide gigante.

Son Ellos. Llegan fatigados, llegan
de las opuestas playas, y en acentos
lúgubrenmente extraños, nos entregan
himnos que vuelan a los cuatro vientos.

¡Hosanna al hombre que la idea labra!
¡Salve a la magna y nutridora urbe!
¡Coronemos de mirto a la palabra
que ideales Atlántidas descubre!

Jorge Ordenes Lavandenz

La adversidad en la novelística de Alcides Arguedas vívida y vigente

La narrativa del pensador boliviano Alcides Arguedas Díaz viene a ser un llamado al orden y a la legalidad, sobre todo con respecto al Artículo 7 de la Constitución Política del Estado -que, entre otras cosas, estipula el derecho a una remuneración justa por el trabajo realizado. Las novelas de Arguedas son también un pedido simbólico a los bolivianos a dejar de jugar a tener un país, y un postulado doloroso de edificación de Bolivia lanzado desde un positivismo social crítico en boga en América durante las primeras décadas del siglo veinte.

Séptima de 10 partes

Desde ese punto de vista, la sociología de Arguedas es una digna continuación de la dualidad civilización y barbarie del argentino Domingo Faustino Sarmiento. Otro argentino, Eduardo Mallea, después de Arguedas, hará dicotomía afín con su dualidad de la Argentina visible (cholaje) y la Argentina invisible (no cholaje). He ahí una verdad de nuestra expresión en base a actitudes encontradas en un choque que nos continúa definiendo. Fuerzas en pugna procurando anularse en el vigor de una batalla constante que puede llamarse, en resumen ¡América!

Entendiendo el término cholo como lo hemos expuesto, podemos afirmar que la novelística de Alcides Arguedas podría interpretarse como un dechado de indios y de no-indios, y que los no-indios son, en su mayoría, cholos. Y este es precisamente, en última instancia, el propósito del autor: mostrar la actitud cholesca, y el acto dañino que afecta a Bolivia. Tratándose de seres humanos, su contenido es sociológico; mientras que su fondo es, repito, ético.

En las novelas de Arguedas, la actitud del no-indio está caracterizada por un acto de logomaquia desenfundada que se sostiene mayormente en la ignorancia. El resultado tiende a ser la envidia como extroversión. El acto de la envidia a su vez propende a gestar una sensación de incomodidad, una actitud de desconfianza, frustración y amargura que conduce al fracaso. Este lleva a la soledad y al escapismo. El sadismo, la crueldad, los vicios, la dejadez, la delincuencia, el robo, la corrupción, etc., son actos que se manifiestan en cualquier instancia del proceso.

¿Es la envidia, como la ve Alcides Arguedas, solamente boliviana? ¡No! Pero india americana desde luego no es:

¿De Bolivia sólo? esa pintura me hace ver la vida de casi todas las sociedades provincianas. ¡Ah envidia! esta, ésta es la terrible plaga de nuestras sociedades, ésta es la íntima gangrena del alma española, y esta nuestra llaga de abolengo, hermana gemela de la ociosidad helicosa, se la transmitieron nuestros abuelos a los pueblos hispanoamericanos y en ellos ha florecido, con su flor de asafétida. (55)

Vistas así las cosas, la cantidad de filones de crítica de la novelística arguediana es inagotable, según lo hemos estudiado en el trato de Arguedas de los medios campestre y urbano. Su poder de expresión busca del símbolo que enriquezca el estilo de su prosa. Su inspiración exhala dolor al tener que escribir novelas en las que se muestra una Bolivia invertebrada, hostil consigo misma:

"La vida de estos dos seres era una perpetua discusión. Discutían por todo, sobre todo, en cualquier circunstancia, [y] motivo. Fuerte era ese espíritu de contradicción de ambos. Bastaba

que Ramírez dijese que una cosa era blanca, para que Luján sostuviese que era negra. La simple afirmación de uno provocaba la negación de otro". (56) "Sucede también ... que en Bolivia no hay memoria, cosa que viene a comprobar o patentizar la falta de cultura, porque un pueblo que lee no olvida, no puede olvidar, porque, de entre las cosas perecederas el libro es la menos fácil. Y es en los libros donde se perpetúan las acciones de los hombres, buenas y malas, casi por la eternidad". (57)

Esta contextualización de Arguedas seguramente dio pie a que se criticase al autor por pensar y escribir verdades, ya que nadie puede negar la injusticia que el sector minoritario de "primer mundo" boliviano ha ejercido históricamente sobre el "tercer mundo" boliviano. Lo peor es que hay resabios que perduran; de ahí la vigencia mensaje social arguediano. Desde el personaje Pantoja hasta Melgarejo y Rodríguez, hay una constante destructiva cuyo origen se pierde en el subconsciente del cholo; de allí la soledad del boliviano idóneo, del escapismo de Villarino, de Ramírez, y de tantos otros no-indios. De allí también la angustia y el deseo de que Bolivia llegue a respirar otros aires, en novelistas como Armando Chirveches, Carlos Medinaceli, Oscar Cerruto, Augusto Céspedes, y otros.

Su vida fue un renunciamiento absoluto de las pompas y los honores. ¡Vaya usted a creer

que la menguada, ayuda de cargo diplomático fuera un todo para él! no, señor. Impagable ha sido su heroísmo de estudiante y de estudioso en cuanto le vimos construir una montaña inmensa de aseveraciones y evidencias que se infiltrarán por los siglos de los siglos, en el alma de las generaciones. (58)

A la poca crítica pro arguediana en Bolivia hay que añadir la crítica internacional que se muestra más reconocedora del símil que corresponde a Arguedas: "[Arguedas] se da cuenta que [los indios] son la parte sufriendo de la nación, mártires hacia dos frentes: el de los hombres y el de la naturaleza". Raza de bronce, su obra más valiosa y difundida: "Enlazándose con partes descriptiva bien elaboradas, semblanzas ... se desenvuelve teniendo por ambiente la vida del indígena atropellado por los blancos, con caracteres de buena novela social. (60)

Según Arguedas, el temperamento no-indio desconoce el recato y la franqueza. Ramírez, víctima del "qué dirán", es desterrado de la ciudad. Mientras el personaje Luján opina: "Esta tierra es incapaz de producir santos y mucho menos mártires; con nosotros vienen ahora muchos virtuosos; Pedrosa, por ejemplo. Hizo una estafa, y como su padre era ministro y la estafa era contra el estado, se dijo que era viveza de hombre práctico. Y nuestros virtuosos son de esa laya". (61)

Duros conflictos sufre también Carlos Ramírez. Cabe destacar aquí que el desencanto

de Ramírez es el desencanto de Alcides Arguedas. "Ramírez, figura autobiográfica... participa de las melancolías y desencantos de su progenitor literario". (62) Con esta opinión queda clara la participación de Arguedas en sus personajes; aunque la mayoría sean tipos que él socava y hasta repugna, como la actitud de Suárez, en Raza de bronce; Ramírez, en Vida Criolla; y Villarino en Pisagua. Estos representan al autor; es decir, en ellos hay mucho de Arguedas. Los demás personajes se mueven tipificando males sociales del segmento no-indio de la población. Pantoja es el arquetipo del cholo opresor que preserva a la fuerza su heredada fortuna. Troche, el indio acholado, -ya que también hay indios no-cholos o decentes- representa un nexo entre Pantoja y el indio abusado.

Vida criolla ofrece una galería de tipos choloscos, como Guilarte, el tinterillo completo; Pedrosa, el galeno de carachas; Emilio Luján, el politiquilla barato; Justo Aranda, el magistrado don nadie; Rodríguez, el proxeneta por excelencia; Barrientos, el músico de chichería; Olaguibel, el petardista; y, entre las mujeres al cual más emperifolladas y cursis, cuyas funciones sociales la convierte en petimetras picariles, feligrasas del rondó a punta de agua y tequiche: la vieja doña Juana, madre de Elena, roñosa y idiota; la solterona Carlota Quiroz, indeseable y mala como el cólera; y Elenita, la mosca muerta. He ahí el cuadro humano arguediano.

Porque, mis amigos, yo, antes que nada, soy boliviano. Todo lo quisiera sano, grande y fuerte en mi patria. El mérito de mi libro [Pueblo enfermo, aunque se puede referir a toda su obra], si tiene alguno, estriba en esto sólo: encerrar un fervoroso amor por la tierra y ser el primero y el único que se escribió con un plan y un todo de razonamiento lógico para explicar las causas de nuestro estancamiento en las rutas del progreso. (63)

Pero veamos al hombre Arguediano por dentro.

55. Miguel de Unamuno, "La envidia hispánica", Mi religión y otros ensayos, oc IV p. 419

56. Vida criolla, p. 98.

57. La danza de las sombras, p. 1019.

58. El ateneo de los muertos, p. 21

59. Rodolfo Grossman, Historia y problemas de la literatura hispanoamericana (Madrid: Revista de Occidente, 1972), p. 421.

60. Raymundo Lazo, Historia de la literatura hispanoamericana (México: Porrúa, S.A., 1967), p. 163.

61. Vida criolla, p. 95

62. Literatura boliviana, p. 277.

63. Vida criolla, 640.

EL MÚSICO QUE LLEVAMOS DENTRO

Responsable: Gabriel Salinas Padilla

Alfredo Domínguez, el genio salvaje

Gustavo Ángelo

Alfredo Domínguez es el guitarrista y compositor folklórico más sobresaliente que ha tenido la historia de Bolivia. Fue el innovador que le dio una nueva personalidad a la guitarra boliviana. Así como Argentina tiene a Eduardo Falú, Paraguay a Agustín Barrios, Brasil a Heitor Villa-Lobos y España a Francisco Tárrega, Bolivia tiene a Alfredo Domínguez.

Domínguez nació en Tupiza (Potosí), el 9 de julio de 1938. A sus 13 años, inició su pasión por la guitarra para interpretar "lo que en su momento sentía", siendo la zafra jujeña el escenario que le serviría para sus primeras composiciones.

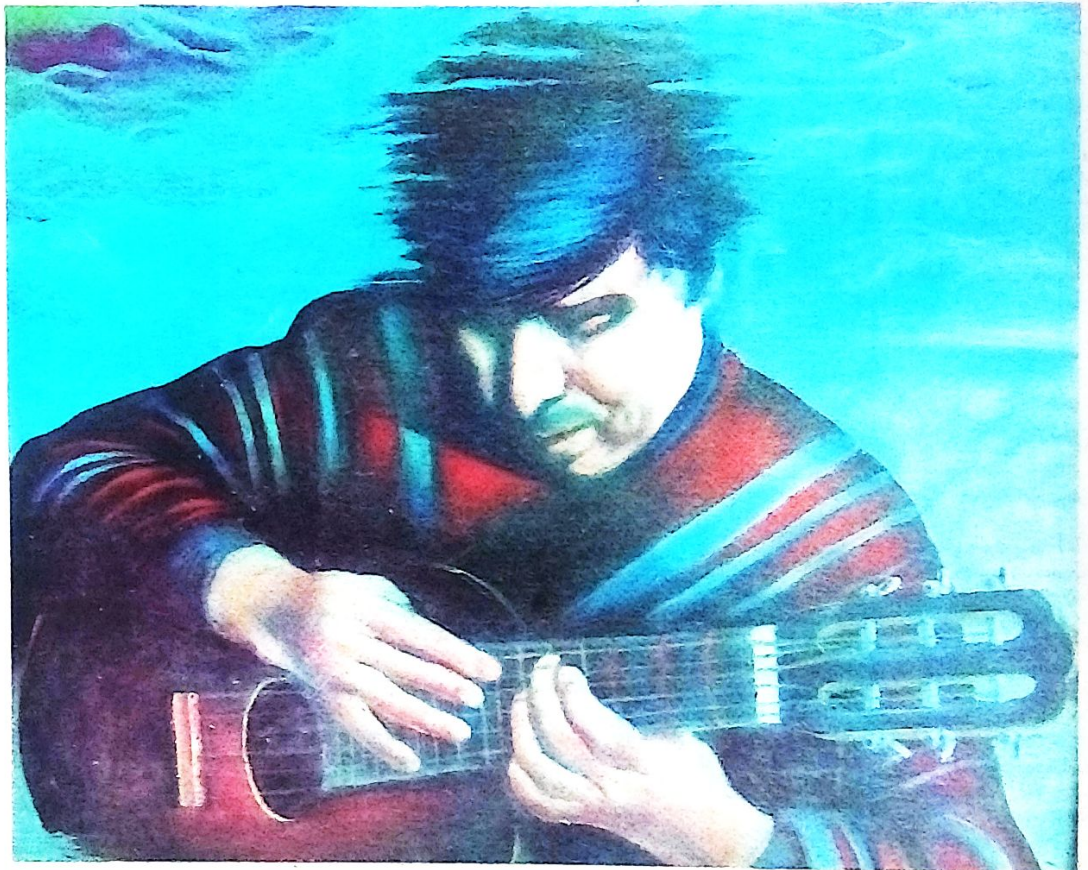
Al ser un guitarrista consolidado, incurrió también en la pintura; fue gestor de la Peña Naira e integrante del conjunto Los Jairos, sin dejar de realizar composiciones musicales para el cine nacional.

En 1962, cuando Alfredo tenía 24 años, se trasladó a la ciudad de La Paz, no precisamente para tocar la guitarra. Los tupiceños que formaban parte del club Bolívar -entre estos Víctor Agustín Ugarte, Hernán Huaranca y Hugo Flores-, invitaron al músico para que asista a sus entrenamientos de fútbol, en los que Domínguez demostró sus buenos dotes de guardameta.

El neofolklore

Las expresiones y sentimientos folklóricos-culturales necesitan de diferentes maneras de interpretación, argumentaba Domínguez, pues competir directamente con el folklore es algo complicado. Existe mucha gente con talento, personas innovadoras de técnicas, esencias, sonidos, efectos, personas que buscan marcar la diferencia. Tal el pensamiento que motivó constantemente al artista.

Alfredo Domínguez y el charanguista Ernesto Cavour experimentaron siempre nuevos desafíos y estilos en sus instrumentos, ambos compartieron la misma inquietud. En una ocasión, Domínguez se encontraba calentando las manos junto a su guitarra, improvisando la musicalidad de las escalas y ritmos. Cavour, al verlo y escucharlo, continuó el ritmo. En ese momento, ambos lograron entenderse y resultó novedoso para esa época observar la habilidad de los artistas. Más tarde, se unió al dueto espe-



cializado en improvisación Gilbert Fabre (apodado "El Gringo"). Desde entonces, los tres formaron el grupo Los Jairos.

El gran mérito de Domínguez es haber innovado en el folklore. A pesar de que en su niñez y juventud las críticas sobre su forma de pensar se hacían cada vez más presentes, Domínguez hacía las cosas de modo diferente, sorprendiendo a quienes más lo criticaban. De hecho, junto a Los Jairos, fue pionero del nuevo folklore, hablando ya en esa época del mencionado estilo.

Alfredo fue uno de los primeros bolivianos en interpretar una chacarera en el mundo. Una vez, en una radio, le preguntaron por qué interpretaba chacarera. Él respondió: "Porque la chacarera también es boliviana". "La Yacuibaña" y "Chacarera de Jacinto" fueron sus interpretaciones más reconocidas.

En 1967, Alfredo Domínguez interpretaba ya los estilos de la caja, el erke, el tambor, los armónicos, glisandos, pissicatos y otros efectos que se pueden escuchar en sus 37 discos.

Godofredo Barrientos fue uno de sus mentores, como menciona Iván Barrientos, en referencia a algunos fragmentos de "Recuerdos del Alhambra" de Francisco Tárrega (guitarrista clásico español). Domínguez, al oír esos fragmentos, imitaba y mejoraba la misma versión. Esa fue una de las metodologías que utilizaba para aprender. Su inquietud constante para mejorar su técnica es lo que lo destaca como uno de los grandes en la música boliviana.

A Europa

En 1969 Domínguez se fue a Europa junto a Los Jairos. Un par de años después, ya sólo, recorrió decenas de países. "Me fui porque en

Bolivia no encontré lo que buscaba. En Bolivia no cuenta ser artista", dijo. En el viejo continente también explotó su faceta como artista plástico, al especializarse en el grabado.

Pese a que no regresó por varios años, siempre estaba al tanto de lo que ocurría en el país. Es así que el 1 de noviembre de 1979, cuando ocurrió la matanza de Todos los Santos, en el golpe de Estado de Natush Busch, y al enterarse de que el armamento del Ejército era suizo, compuso la canción "No fabriquen balas" ("No fabriquen balas, ya no por favor, mueren mis hermanos, me causa dolor", dice la letra).

Muy joven aún, a los 42 años, mientras jugaba un partido de fútbol con sus hijos, el 28 de enero de 1980, Domínguez murió en Ginebra, Suiza, víctima del mal de Chagas, la llamada enfermedad de los pobres.